

17. NIVES EN LA MORADA DE LAS NIEVES



DARÍO RODRÍGUEZ/DESINVELPRESS

Nives Meroi.

«Tengo la suerte de poder hacer lo que me llena y me vacía al mismo tiempo. Soy como una vasija que vierte hasta la última gota para volver a llenarse de energía nueva. Y esa plenitud se hace cada vez mayor».

NIVES MEROI



«Me resulta tan odioso el ir detrás como el hacer de guía.
¿Obedecer? ¡No! ¡Y gobernar tampoco!
Quien de sí mismo no se asusta, a nadie asusta:
Y sólo puede guiar quien causa espanto.
¡Hasta guiarme a mí mismo me resulta odioso!».

FRIEDRICH NIETZSCHE



ROMANO BENET

- ▲ Nives Meroi en la subida al K2.
- ◀ El Makalu visto desde el Everest.

«Siete *cazadores de ochomiles* y junto a ellos cuatro de sus acompañantes paquistanís y nepalís murieron en el K2 durante la noche del 1 al 2 de agosto de 2008. El tiempo era perfecto. Iban muy lentos, pero la dinámica del grupo les arrastró. Perdieron el ritmo necesario, debieron bajar de noche y se les acabó el oxígeno. Pero lo peor de todo es que no había cuerdas fijas por debajo de la cumbre».

FRANÇOIS CARREL

«No sé si hubo un tiempo en el que era demasiado pronto para tener hijos. Sólo sé que de repente ya fue demasiado tarde».

NIVES MEROI

«Arriba del todo nos medimos con las aplastantes fuerzas de la naturaleza, no con compañeros masculinos o femeninos que se han vuelto indomables en la pista. Las montañas más altas del mundo no son ningún circo con obstáculos y peligros. Se trata de nosotros, diminutos en la inmensidad».

NIVES MEROI

«El instante feliz es un momento muy concreto del descenso que se produce al regresar junto a los nuestros, cuando llega a mi nariz el olor de la tierra».

NIVES MEROI

«Para los hombres, la cumbre supone un sueño agotado. Para mí es el punto donde converge todo lo femenino de la naturaleza».

NIVES MEROI

«En la cumbre la belleza queda bajo los pies, y durante el descenso, en los pulmones, que cada vez respiran aire más rico, aire que por fin llega».

NIVES MEROI

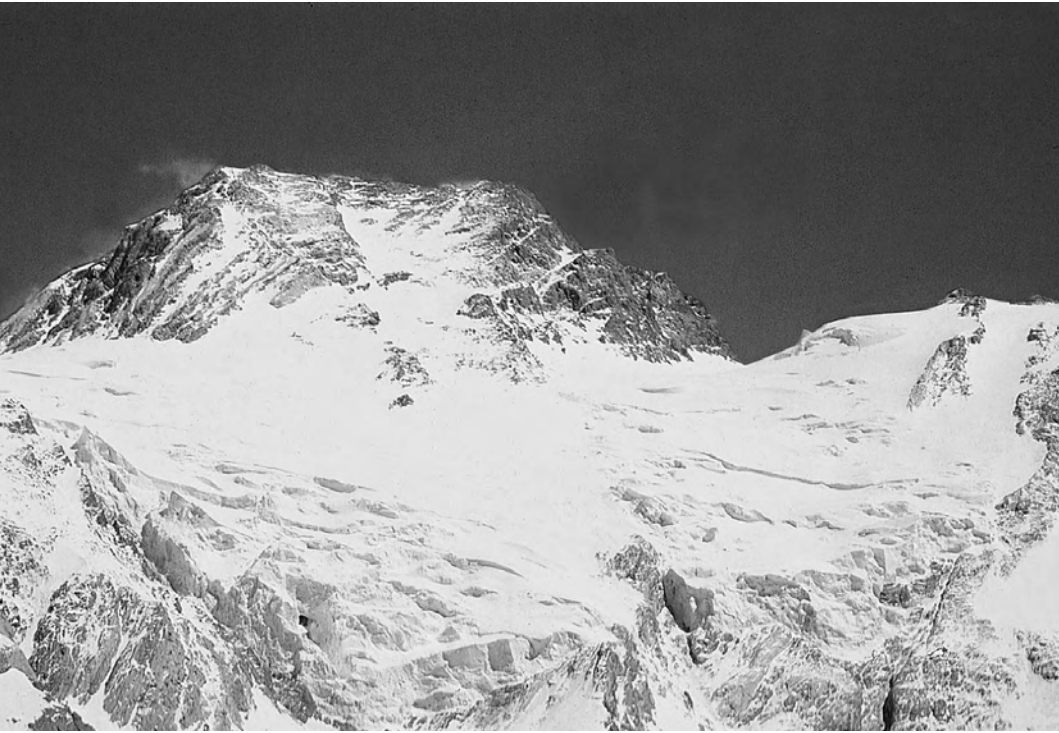
Cuenta Nives Meroi que cuando al fin ve la cumbre, cuando ya sólo le faltan cien metros hasta la misma, sobrelleva mejor la fatiga y hasta la agradece. Siente entonces una especie de gratitud, como cuando adorna la mesa de su casa con flores un día de fiesta. Tal vez llegar arriba del todo tenga realmente algo de liberación, como salir de una prisión o sanar tras una larga enfermedad. «Para mí, el mayor lujo era poder compartir esas emociones», dice Nives. Hoy, en el recuerdo, siente como si fuera ella el remanente de todo aquello, algo que sus acompañantes ya no pueden decir. Nives no sólo sabe subir montañas mejor que cualquiera, también sabe vivir y esperar. Esperar durante tanto tiempo que olvida que esperaba. No es paciencia lo que la llena, es el sentirse una con todo, un consentimiento implícito con la situación, aunque en su vida presente el tiempo parezca haberse detenido desde hace dos años. Podría seguir, aunque fuera sin Luca Vuerich y

sin su esposo Romano, pero no tiene por qué hacerlo. Sólo querría haber continuado ascendiendo con los suyos. Final abierto. ¡Sin ellos no! Claro que también hay dichas y penas más allá de las que dan las 14 cumbres de 8.000, en cualquier caso más importantes que el resultado de 14 x 8.000. La obligación que siente por tener que subir todas las cumbres más altas es inversamente proporcional al significado que tienen para ella la responsabilidad y las preocupaciones, también en el día a día.

Nives lleva consigo la dimensión de las grandes montañas, pues ya en la marcha de aproximación, que en su mayor parte hace a pie, las distancias se le hacen reales, ciertas. Hoy forman parte de ella. Como lo forma la lentitud con la que aprendió a comprender el terreno y a la gente, cuando las puertas se abrieron y comenzaron a aparecer rostros y paisajes. Y lejos, en el fondo del valle, sus añoradas montañas, inconfundibles e imponentes sobre el paisaje nevado del Himalaya. Pero subir todavía unas cuantas más no es algo en lo que le vaya la vida.

Nives Meroi se describe a sí misma como la «gratitud errante», porque con sus viajes puede hacer realidad sus sueños, unos sueños que nacieron junto al cálido horno de su casa. Y porque adora la nieve, las heladas alturas. Le encanta la nieve delante de la tienda, cuando le sabe a desayuno o a café de la tarde. Y aborrece la nieve costra cuando el esplendor de los brillantes cristales de hielo cede a cada paso y los pies se hunden impotentes, como si uno fuera cojo. Se aparta instintivamente de todos los puentes de nieve que ocultan grietas de glaciar, de los *sastrugis* de la arista, de los depósitos de nieve acumulada por la ventisca. O compromiso o retirada, lo lleva en su ser. No sabe odiar ni quiere hacerlo.

Para Nives Meroi en las grandes montañas no hay reglas. Tampoco hay leyes, reglamentos o moral. «Allá arriba no existe la ley para nadie» me dijo en 2008. Nives no sabe ni mandar ni obedecer, y en sus expediciones nunca ha querido tipo alguno de jerarquía. A pesar de todo, encontró su particular *modus operandi*: reglas únicamente para ella misma y cada vez nuevas. Paga bien a sus porteadores, pero sólo los emplea en el trayecto hasta el campo base. Sólo quiere pagar por sus éxitos con su propio esfuerzo y lo único que quiere arriesgar



La zona de la cumbre del Nanga Parbat por la vertiente del Diamir.

es su propio pellejo. Está comprometida con el alpinismo clásico que hoy la mayoría de los deportistas de montaña descartan como algo nostálgico, como una excentricidad de algunos veteranos que han sobrevivido por casualidad. Alpinismo de dinosaurios, lo denominan los turistas de los ochomiles.

En lo que respecta al estilo de sus expediciones, Nives Meroi está completamente comprometida con el alpinismo tradicional. Todos sus ochomiles los ha ascendido sin oxígeno y en su mayoría en estilo alpino, es decir, sin portadores de altura, sin campos de altura y, a no ser que ya estuvieran instaladas por terceros, sin cuerdas fijas. Todas sus empresas en el Himalaya han sido expediciones pequeñas compuestas por un grupo de amigos, con un mínimo de material y poco soporte de patrocinadores. Leila Meroi, hermana de Nives y compañe-

ra de Luca Vuerich, quien desde el principio formó parte del equipo de Romano y Nives, apoyaba sus expediciones desde casa, hasta que Luca se mató a comienzos de 2010 mientras escalaba en hielo en Eslovenia, cerca de su lugar de residencia.

Nives Meroi, nacida en 1961 en la provincia de Bérgamo y casada desde 1989 con su compañero de cuerda de toda la vida, el guía de montaña Romano Benet, es la alpinista italiana más conocida. Ambos viven en Fusine Laghi, cerca de Udine, donde me la encontré precisamente la tarde en la que llegó a Europa la noticia sobre la gran tragedia en el K2, en la que un grupo de alpinistas con experiencia fue barrido por una avalancha de seracs que se desprendió por debajo de la cumbre. «¿Por qué tantos de golpe? ¿Por qué a esa hora tan avanzada del atardecer?». Nives meneaba la cabeza. «La huella, las cuerdas fijas (también cuando cuelgan del sitio equivocado y están mal ancladas) seducen a los mejores himalayistas, les desvían del *buen camino*», le dije yo. «Sí, es eso», respondió Nives, «el mayor peligro que veo hoy está en que los alpinistas que suben por pistas se comportan como *lemmings*».

En 1998 Nives ascendía su primera cumbre de ochomil: el Nanga Parbat por la vía *Kinsbofer*. Antes había intentado el K2 en 1994 y el Everest en 1996, pero sin éxito. En 1999 alcanzó la cumbre del Shisha Pangma, y apenas diez días más tarde, la del Cho Oyu. En 2000 se atrevió a intentar el Gasherbrum II por la cara Noroeste, todavía por ascender y que en esa época suponía uno de los últimos problemas de los ochomiles. En 2003 consiguió, uno detrás del otro y en sólo 20 días, los tres ochomiles pequeños del Karakórum: el Gasherbrum I, el Gasherbrum II y el Broad Peak. Era la primera mujer que lograba una cosa semejante. En 2004 pisaba la cumbre del Lhotse, en 2006 la del Dhaulagiri, y ese mismo año se convertía en la primera italiana en llegar a la cima del K2. También como primera italiana alcanzó en 2007 la cumbre del Everest. ¡Todas sin oxígeno! En el invierno de 2007/2008 vientos huracanados destrozaron todos sus campamentos del Makalu y su expedición perdió la totalidad del material. Durante la retirada hacia el campo base, Nives se rompió el peroné. Tuvieron que salir de allí por su cuenta, lo que se convirtió en una pelea de supervivencia. A pesar de ello, en 2008, pocos meses más tarde, llegaba a la cumbre princi-



LUCA VIERICH

Nives Meroi en la arista cimera del Manaslu.

pal del Manaslu junto a su esposo y a Luca Vuerich. 2009 sería para Nives un año horrible. La planeada ascensión al Kangchenjunga se canceló durante la marcha de aproximación debido a disturbios en la región, y se fueron al Annapurna para ascenderlo por su vertiente Sur. Pero las malas condiciones impedían el ascenso por la vía polaca, por lo que de nuevo debieron abandonar la expedición y regresaron al Kangchenjunga. Cuando estaban a 7.500 metros, a tan sólo un día de salir hacia la cumbre, se acabó todo: Romano Benet estaba enfermo y su fatiga iba en aumento. Nives Meroi aguantó el tipo y bajó a su esposo al campo base. El posterior descenso por el valle se convertiría en un martirio para la pareja de alpinistas.

Después de eso, Nives Meroi renunció a las expediciones al Himalaya. La salud de su esposo le importa más que todos los ochomiles del mundo. Para completar los 14 sólo le faltan el Annapurna, el Makalu y el Kangchenjunga, pero por el momento se queda en casa junto a Romano. Su enfermedad y el pesar por la muerte de Luca Vuerich no permiten viaje alguno. Esa renuncia rebosa grandeza y el estilo mostrado en la ascensión de sus ochomiles sigue siendo un ejemplo. Su actitud ante la vida nos muestra una mujer única y emancipada, que va por su camino con decisión.

Cuando estamos a gran altitud, en el límite de nuestras posibilidades, el camino de regreso a los seres queridos tiene a veces más de extravío que de estrategia de huida. Engañados por fantasmas de todo tipo, muchos no encuentran el camino de vuelta a la civilización. Nives Meroi dice que allá arriba nunca la ha acompañado un doble, que tampoco ha tenido alucinaciones o visto fantasmas. Romano, su esposo, estuvo siempre tan presente que no hubo lugar alguno para tales fenómenos. Sin tener que hablar entre sí, cada uno de ellos sabía lo que pensaba el otro. Una confianza y una armonía así no son frecuentes.

El himalayismo sigue estando organizado de manera militar, al menos en una gran parte, pues sigue habiendo ese ambiente cuartelero con órdenes y obediencia, estado mayor y tropa. Hasta la fecha, a las pocas mujeres que toman parte en este juego sólo se les ha permitido de manera limitada introducir un nuevo tono más coloquial, hacerse valer. Y es que el alpinismo no es un deporte de combate y su arte radica en ceder, en hacer caso a los miedos de cada uno. Lo

único que asegura a largo plazo el éxito y el seguir vivo es la huida. Pero cuanto más fuertes somos, más lejos podemos llegar, por lo que a fin de cuentas también somos más frágiles. Romano ha abierto hue-lla para Nives en el espacio con su fuerza y su espíritu, que fueron para ella un camino que apuntaba a la cumbre. Con él todo era más fácil. Sin él no podría soportarlo.

«Cuando llego a la cumbre, soy yo misma esa montaña», dice Nives Meroi, que ha estado con frecuencia bien alto sobre esa «morada de las nieves» que es como se traduciría Himalaya del sánscrito. Allí se siente «parte de la madre naturaleza, pues entonces soy Nives la roca, Nives la nieve, Nives el Himalaya». Así, al dar el último paso antes de la cima se convierte en una parte más de la montaña y es al mismo tiempo todo y nada. Lo que la llevó a las cimas más altas fue el amor, y es el amor lo que le da fuerzas para renunciar a más viajes como esos. «No podemos nada el uno sin el otro», dice Nives con convicción. Su amor por Romano está por encima de cualquier cosa, por encima de la ambición, de la rivalidad y de todos los ochomiles.

La relación y el compromiso crecen cuando las personas superan juntas situaciones peligrosas. Ni siquiera la rivalidad puede destruir este tipo de amistad. Lo único que puede estropear un compañerismo así son la envidia y el odio que algún extraño pueda malmeter entre compañeros de confianza y que puede a veces incluso llegar a destruirlo. La muerte neutraliza a Nives. Como el 22 de enero de 2010, cuando Luca Vuerick, que había ascendido junto a ella y a Romano cinco ochomiles (Lhotse, Manaslu, Broad Peak, Gasherbrum I y II) fallecía tras un accidente escalando en hielo en Kranjska Gora, en la frontera entre Eslovenia y la región Friuli-Venecia Julia del nordeste de Italia. Su muerte supuso una interrupción en el largo y difícil camino que Nives había emprendido. Aprender a tratar con la muerte y la enfermedad es más difícil para una alpinista que vérselas cara a cara con el peligro de las grandes cumbres. Luca, guía de montaña de 34 años, era junto a Romano Benet un componente fijo del equipo de Nives Meroi.

No quiero preguntarle cuándo regresará a la morada de las nieves, pero sé cómo lo hará. Nives sigue siempre sus reglas, su estilo, pues la prisa y la competición no van con ella. Ha ascendido a las dos montañas más altas del mundo sin porteadores de altura y sin oxíge-

no, y demostrado con ello que puede alcanzar todos los ochomiles con su impecable estilo. Eso no significa sin embargo que otros deban hacerlo de idéntica forma. Llegados a lo más alto la cumbre ya no cuenta más y la ascensión no será completa hasta haber regresado abajo. El descenso forma parte inevitable de la subida y exige la misma concentración que ésta, aunque no tanta energía.

Nives conoce mejor que nadie las voces del Himalaya: la del viento, cuando sopla en la cumbre; la de los crujidos de las barreras de seracs; la del tronar de las avalanchas. Adora el olor que queda tras una caída de piedras, los lugares en los que montar el campamento, cuando llega a ellos, el viento en la cima. Pero Nives permanece muda allá arriba. Es su manera de mostrar agradecimiento, boquiabierta de asombro, con el corazón a todo trapo y el rostro descubierto a pesar de la ventisca. Quien oculta su rostro tras una máscara de oxígeno tamiza todos sus sentidos. Tal vez permanezca más tiempo arriba, pero no puede ver, ni oír, ni oler tanto. Nives, sin embargo, permanece poco tiempo en la cumbre, abrazándola. Tal vez sea porque con su levedad, su dicha, su vulnerabilidad no quiere que la cumbre la despiste. Conoce los peligros que hay arriba del todo y sabe que una montaña sin peligros se empequeñece. La montaña nos hace sordos, ciegos y arrogantes. El viento por sí solo ya es una fuerza que se hace respetar y que en lo más alto nadie es capaz de aguantar durante mucho tiempo.